

University of Nebraska - Lincoln

DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln

Spanish Language and Literature

Modern Languages and Literatures, Department
of

September 2008

Reseña de El cochecito: Comedia negra de una familia feliz

Oscar Pereira Zazo

University of Nebraska-Lincoln, opereira1@unl.edu

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish>



Part of the [Modern Languages Commons](#)

Pereira Zazo, Oscar, "Reseña de El cochecito: Comedia negra de una familia feliz" (2008). *Spanish Language and Literature*. 23.

<https://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish/23>

This Article is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures, Department of at DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln. It has been accepted for inclusion in Spanish Language and Literature by an authorized administrator of DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln.

Reseña de El cochecito
Comedia negra de una familia feliz

Oscar Pereira Zazo
University of Nebraska-Lincoln

España / 1960 / Blanco y negro / 1:25

Director

Marco Ferreri

Producción

Pedro Portabella Rafols

Guión

Rafael Azcona y Marco Ferreri

Director de fotografía

Juan Julio Baena

Montaje

Pedro Rey

Música

Miguel Asíns Arbó

Reparto

José Isbert (Don Anselmo, el padre), Pedro Porcel (Don Carlos, el hijo), José Luis López Vázquez (Alvarito, novio de la nieta), María Luisa Ponte (Doña Matilde, la nuera), Antonio Gavián (Don Hilario), José Álvarez alias Lepe (Don Lucas), Ángel Álvarez (Álvarez), Chus Lampreave (Yolanda, la nieta), María Isbert, Antonio Giménez Escribano, Jesusa de Castro, Mari Carmen Santonja (Julita), Antonio Riquelme

Resumen

Por un Madrid inhóspito, en obras y atascado de vehículos, se dirige don Anselmo con paso quedo y dudoso a la vaquería de su buen amigo Lucas. Ambos, ya veteranos y muy viudos, han acordado visitar el lugar del eterno descanso de sus finadas esposas. La novedad del día es el cochecito, un triciclo de motor, que Lucas, pudiente industrial de la leche, se ha agenciado para remediar lo que la naturaleza ya le niega, es decir, cierta capacidad de locomoción.

Bien trajeados y con sus correspondientes ramos de flores, se dirigen los buenos amigos al cementerio, Lucas con su motocicleta y Anselmo en un taxi. Primero visitan la señora tumba de la mujer de Lucas y, después, el más modesto nicho de la de Anselmo. Rezan y se persignan como devotos cristianos y al terminar la tierna visita deciden, ante la imposibilidad de encontrar un taxi por los alrededores, que Anselmo vaya de paquete en la parte trasera del eufemísticamente denominado cochecito.

La siguiente secuencia pega un pequeño salto en el tiempo y nos lleva a la casa donde vive don Anselmo para que conozcamos a su familia y compañía: Yolanda, la nieta, que insiste en aprender francés en la habitación del abuelo; la nuera, Matilde, que le aconseja que no salga a la calle “con esos anormales;” la criada a tiempo completo, Asunción, que es figura necesaria en una familia de clase media que se precie; el hijo, don Carlos, que es procurador judicial y páter familias; y el pasante de don Carlos, Alvarito, estudiante de derecho y novio de Yolanda que no termina ni de acabar la carrera ni de casarse. Observemos, pues, que la residencia familiar se dobla como lugar de trabajo. Más en concreto, la puerta de la calle da entrada a un recibidor ni grande ni pequeño donde los clientes del procurador pueden esperar justo al lado de la amplia habitación que hace las veces de bufete. Una cortina en ese mismo recibidor da paso a un largo pasillo que nos introduce en la parte privada del piso.

Don Anselmo, después de haberse asegurado un estipendio de doscientas pesetas, que su hijo le suministra con reticencia, se dirige en autobús al extrarradio de Madrid, donde le esperan los “anormales” de que hablaba Matilde, con la intención de pasar junto a ellos un día de asueto en el campo. Se trata de un grupo de amigos, cinco hombres y una mujer, algunos jóvenes y otros viejos, con dos cosas en común: tienen algún tipo de discapacidad que interfiere en su locomoción y, también, un cochecito o vehículo

aparente para transportarse. Será conveniente añadir que don Anselmo no reúne ninguna de las dos características.

La velada campestre pasa con alegría y música, pues uno de los colegas toca el violín y todos los presentes se animan a cantar. Se enfatiza la presencia de Julita, joven apuesta afectada por la polio, y de su novio, también agraciado, pero a lo que parece impedido de piernas y brazos y único integrante del grupo que no tiene cochecito, aunque sí un triciclo sin motor que Julita se encarga de remolcar con su moto. Don Anselmo se lo pasa estupendamente con sus nuevos amigos, pero abruptamente se da cuenta de cuál va a ser el gran obstáculo para integrarse en la pandilla. Cuando el dicharachero grupo decide acercarse a un mesón para seguir la fiesta, el bueno de Anselmo se queda solo al ser el único que no dispone de vehículo.

Y la soledad es el gran problema de Anselmo. En su familia nadie le hace caso y Lucas, su viejo amigo, discapacitado y con cochecito, se pasa todo el tiempo con sus nuevos amigos. Decide, por ello, comentar en casa que las piernas le están empezando a fallar. No le hacen mucho caso. Pero Anselmo no cejará. Lucas le pasa la información del lugar en el que compró el cochecito y allí, a una ortopedia, se dirige para recabar información sobre el precio del preciado vehículo.

Don Hilario, el dueño de la ortopedia, tratará de convencerlo para que se compre un cochecito, aunque antes de decirle el precio (más adelante nos enteraremos que cuesta ocho mil pesetas) hará todo lo posible para reforzarle el deseo de comprarlo. Por ejemplo, le comentará que los cochecitos son la “última palabra de la técnica moderna” y que, además, son de “construcción nacional pero con licencia americana.” En el mismo establecimiento, Anselmo conocerá a un nuevo personaje con el que trabará amistad, Álvarez, encargado del cuidado y transporte de don Vicente, aquejado de una notable

discapacidad mental e hijo de una riquísima Señora Marquesa. Por supuesto, su presencia en el lugar se relaciona con la adquisición de un sofisticado cochecito de dos plazas destinado al transporte del pobre don Vicente. Hay que añadir que, para desdicha de Anselmo, Álvarez y don Vicente se integrarán sin mayores problemas a la pandilla de discapacitados dejando al pobre viejo más solo aún si cabe.

Con motivo de una excursión a la sierra, nos enteramos de que la familia está motorizada. El hijo, a pesar de su tamaño, es el orgulloso dueño de un seiscientos y hasta Alvarito, quién lo iba a decir, pasea a Yolanda en una vespa. Sin embargo, para don Anselmo, a pesar del cada vez más terrible problema con las piernas, lo único que hay es un bastón que el hijo pide prestado; bastón que el buen viejo arrojará con desprecio al suelo en cuanto se quede solo en la casa con la criada.

La situación se precipita después de dos acontecimientos dignos de mención. Primero, el campeonato mundial de motorismo para discapacitados. Don Anselmo puede ver y montar en el cochecito que don Hilario le quiere vender, ya que lo ha llevado al campeonato con el objetivo de promocionar su negocio. No obstante, el ortopeda toma conciencia de que la venta va a ser complicada debido a que don Anselmo no parece disponer de la requerida autonomía económica. Sorprendido, le pregunta a don Anselmo lo siguiente: “Pero... ¿usted no es el páter familias?” A lo que, compungido, responde don Anselmo con un “no, yo soy un desgraciado con familia.”

El segundo acontecimiento es el fracaso de una estrategia extrema que don Anselmo ensaya para ablandar el corazón de su familia. Se echa al suelo en el descansillo, entre la puerta del ascensor y la de la casa, y empieza a gritar “¡socorro, socorro!” La familia llama al médico de cabecera y éste determina que las piernas están en perfecto estado y que quizás lo más apropiado sea suministrarle una purga. Ante tal

veredicto, el hijo se huele la tostada, es decir, que todo no es más que un intento desesperado por parte del padre por hacerse con un dichoso cochecito. La situación está al borde de la ruptura. Anselmo decide que no va a levantarse de la cama hasta que no le compren el cochecito: “Ojalá me muera aquí como un perro [...] Abandonado por mi propia familia [...] Peor que un perro, porque los perros son más respetados”

Ante una situación extrema, medidas extremas. Anselmo decide vender las joyas de su mujer (de la familia, según la familia) para financiar la compra del cochecito. Consigue cuatro mil quinientas pesetas, que utilizará para una entrada y firmará letras, que no sabemos cómo pensaba pagar, hasta llegar al total de ocho mil pesetas. Por fin el coche es suyo. La primera vez que vemos el vehículo, cuando ya está en posesión de don Anselmo, es en el interior de la casa, en el mismísimo recibidor del piso. El hijo, por supuesto, quiere saber cómo lo ha podido comprar, de dónde ha sacado el dinero. Rápidamente colige que el padre ha vendido las joyas y lo amenaza con declararlo legalmente irresponsable y lo acusa de ladrón: “¡Qué desgracia, una familia tan unida, tan feliz, y por la locura de un viejo, de un viejo loco!”

El hijo recupera las joyas y amenaza a don Hilario con denunciarlo sino devuelve el dinero y se queda con el coche. Don Anselmo, sin embargo, consigue tres días de plazo para conseguir el dinero antes de perder definitivamente el cochecito. Desgraciadamente, ninguno de sus amigos tiene la cantidad necesaria o cuando menos no se la quieren prestar. En fin, después de otra fuerte discusión, cuando la familia lo acusa de loco y lo amenaza con meterlo en un asilo, don Anselmo toma una decisión extrema: envenenar a la familia.

Así lo hace. A continuación fuerza el cajón donde su hijo guarda el dinero y se lo lleva para pagar el cochecito. Después de lo cual visita a su amigo Lucas, quien le

pregunta cómo ha conseguido el dinero. A lo que Anselmo responde que eso no importa, porque lo importante es que pueden volver a salir juntos.

Para la conclusión de la película contamos con dos finales bien distintos. El original, que se mostró fuera de España, confirma la muerte de la familia (hijo, nuera, nieta y, previsiblemente, la criada, aunque no Alvarito) y la huída de Anselmo fuera de la ciudad hasta que es detenido por una pareja de la guardia civil en bicicleta al son de una serie de rebuznos. La última intervención de Anselmo es para preguntar a sus captores si le dejarán tener el cochecito en la cárcel.

El otro final, el que la censura franquista permitió en España, muestra que la familia se salva de la quema. Don Anselmo llama por teléfono a su casa y el hijo contesta la llamada. Sobre la mesa del despacho vemos el recipiente del veneno y la olla de comida emponzoñada. En medio de unas buenas intenciones renovadas, parecen pedirse perdón. No obstante, la policía ya está avisada, como repite en varias ocasiones Alvarito. Se abre paso así a la escena final: nuevamente la guardia civil en bicicleta, pero ahora sin rebuznos y con parte del diálogo cambiado. Si en la versión original los guardias le dicen a Anselmo que queda detenido y que no haga tonterías (“Queda detenido, síganos y no haga tonterías”), en la versión censurada le dicen que lo que ha hecho se hace cuando uno es adolescente y no viejo (“Síganos, estas cosas se hacen a los catorce años y no a los setenta”). Esta última afirmación no deja de ser sorprendente, pues se imagina uno un país en el que los adolescentes se dedican a envenenar a sus padres o algo así. En todo caso, en ambos finales el destino que le espera al bueno de don Anselmo es la cárcel. Ahora bien, en un caso por matar a su familia y en el otro por intentarlo.

Comentario

Se puede argumentar que *El cochecito* es una eficaz invectiva de ciertos aspectos claves de la España franquista. Para conseguir este objetivo se utilizan dos estrategias, la incongruencia y la caricatura. La incongruencia se propone sobre todo crear distanciamiento en el espectador mediante la yuxtaposición de elementos que cuestionan la experiencia cotidiana y el sentido común del espectador (de la época). El mecanismo básico, por tanto, es el de la metonimia. Ahora bien, las transferencias metonímicas producen colisiones entre las connotaciones asociadas con los peculiares elementos yuxtapuestos. Algunos ejemplos significativos serían los siguientes:

- Nada más empezar la película el protagonista se cruza con un grupo de señores que marcha en fila de a uno, caballeros sin caballo, con su lanza en ristre, tazas de retrete a manera de yelmo y reposaculos que hacen la función de armadura.
- Una gallina mascota, sujeta la pata con una larga cuerda, se pasea por los pisos que dan al patio de vecindad de la casa de don Anselmo.
- Un par de frailes aparece en el bufete del procurador para dirimir asuntos legales. Se especifica que la visita nada tiene que ver con obras de caridad.
- Un hombre sin brazos se va velozmente en su moto cuando Anselmo llega a la ortopedia.
- El padre de un niño al que le falta una pierna enfatiza que la prótesis debe ir equipada con una “botita blanca” pues el niño va a hacer la comunión.
- Anselmo entra en casa de una prestamista para empeñar las joyas de su mujer y se encuentra con toda una pared llena de crucifijos.
- Un discapacitado, impedido de piernas y brazos, solo, sentado en su triciclo, cubierto por un plástico, la cabeza gacha, abandonado por su novia, se encuentra aparcado frente a una enorme iglesia. El hombre apesadumbrado permanece inmóvil al tiempo que vemos como un cura con sotana baja la escalinata de la iglesia y lentamente atraviesa por el fondo la escena descrita.
- Un hombre aparece con un taburete de tres patas sujeto al culo. Sin quitárselo, hace menesteres que nada tienen que ver con la función conocida del taburete, que es poder sentarse para ordeñar las vacas de don Lucas.

- Una pareja de la guardia civil, metralleta en ristre y bicicleta en mano, detiene a don Anselmo. Al mismo tiempo, un burro feliz rebuzna por algún lugar que no se puede precisar.

Junto a estos ejemplos de yuxtaposiciones incongruentes se podrían traer otros a colación. Por ejemplo, aquellos donde se produce una contraposición entre tradición y modernidad, caso del contraste entre el cochecito de don Lucas y el hombre que se pasea a caballo a la puerta del cementerio. O la oposición entre lo natural y lo artificial, como ocurre con la discrepancia entre las vacas y el cochecito de don Lucas. O entre lo grande y lo pequeño, como la discordancia entre dos perros enormes y una ternera pequeña que encontramos al principio de la película al lado de la vaquería.

Cuando la yuxtaposición incorpora algún elemento que hace referencia explícita a la iglesia católica (religión) o a la guardia civil (todo por la patria) se puede decir que la incongruencia tiene un objetivo paródico que, sin mayores mediaciones, apunta al régimen franquista en su conjunto.

Pero lo mismo se puede decir de la fuerte caricatura que la película nos presenta de la familia bien de clase media. No olvidemos, en este sentido, que la tríada Dios/religión, patria y familia es uno de los fundamentos de la ideología franquista a lo largo de los cuarenta años de dictadura. Sirva de ejemplo la película *Murió hace quince años* (1954) de Rafael Gil, pues en ella se nos cuenta que el adoctrinamiento que el protagonista recibe en la Unión Soviética tiene por objetivo inculcar la idea de que la patria, la familia y la religión son meros instrumentos de manipulación ideológica que tratan de someter a los hombres a intereses espurios. Por descontado, la película propone que esos tres elementos son definitorios del auténtico ser de España. Por tanto, la vuelta y recuperación del hijo pródigo suponen de hecho la reconstitución de la familia truncada por la guerra civil y la reafirmación de la indisoluble conexión entre los tres componentes de la tríada.

Como se puede suponer, la lección de amor desinteresado que nos propone la película de Rafael Gil brilla por su ausencia en la obra de Azcona y Ferreri. El padre viudo está sólo y, se puede decir, de más. El hijo es tacaño y no se interesa mucho por la vida del padre y de sus necesidades. Los tiempos han cambiado. Se atisba ya la presencia incipiente de la sociedad de consumo. Los supuestos lazos de solidaridad espontánea entre los miembros de la familia no parecen tan obvios. Para más inri, los lazos de

amistad tampoco parecen muy sólidos. Resulta interesante, por ello, el par de referencias explícitas que se hace a América, pues con ellas se está haciendo mención del capitalismo y de su efecto disolvente sobre las relaciones sociales: todo lo que es sólido se diluye en el aire.

La brutal caricatura de la familia, que culmina con el envenenamiento y muerte de la mayor parte de sus miembros, se puede interpretar, por tanto, en clave política como un ataque a uno de los pilares ideológicos de la cultura promovida por el franquismo. Pero, por otro lado, también se puede atisbar cierta nostalgia por una sociedad más tradicional, una en la que los lazos de solidaridad espontánea todavía no habrían sido desestabilizados por la presión disolvente del capitalismo. En este último sentido, estaríamos en presencia de una toma de conciencia de que el propio capitalismo promovido ardientemente desde el estado franquista estaba empezando a socavar, a manera de efecto no previsto, algunos de los fundamentos ideológicos en los que se había sustentado el régimen desde que destruyó la democracia española de la II República.